DE VILLÈLE.

De Villèle fue bajo la Restauracion el gefe del lado derecho. Era un hombre de un porte vulgar, seco de carnes, de poca estatura, con ojos penetrantes, facciones irregulares aunque expresivas, voz gangosa, mas acentuada. No era orador, pero era mas que orador, pues poseia la habilidad de un político.

En los primeros tiempos, sus compañeros de opinion desplegaban mas impetuosidad que prudencia. De Villèle los sometió al freno y á la disciplina, enseñándoles la naturaleza de los hombres y cosas que ignoraban, acabados de llegar de sus provincias. Soldados obedientes, reuniéronse bajo las banderas del discreto caudillo, y se formaron en columna cerrada impenetrable á las bayonetas de la Oposicion.

No era de Villèle florido en su estilo, y carecia de pompa en las imágenes, vehemencia en la accion y nudo en su dialéctica; pero era claro, firme, positivo, razonador, sin soltar nunca esas palabras arriesgadas que tanto comprometen los oradores que las dejan escapar en el calor de la improvisacion.

Si la naturaleza le habia negado los dones mas brillantes que sólidos de la imaginacion y elocuencia, le habia dado en cambio, y á un grado supremo, esa rectitud de inteligencia, de ese tino esquisito del hombre de Estado que ve pronto y bien; ese tacto finísimo que distingue y desenreda lo falso de lo verdadero, y lo verdadero de lo falso; que dispone su réplica con vivacidad, al mismo tiempo que recibe con calma el ataque; que se avanza con tiento por miedo de decir mas de lo necesario, al paso que tampoco retrocede temiendo caer en un precipicio; y que, seguro de su terreno, pues á cada paso lo estudia, y de sus posiciones, pues continuamente las domina, se aprovecha de todas las faltas del enemigo, y decide la victoria mas por estrategia que por denuedo. No, no era un hombre ordinario, ese hombre que luchó sin miedo

ni flaqueza, contra Manuel, Foy, Laffitte, Dupont (de l'Eure), Chauvelin, Bignon, Benjamin Constant, y, lo que no es menos difícil, contra las exigencias de la corte y de sus amigos.

Cuando, como un fogoso atleta, agitábase en torno Casimir Périer, buscando en su coraza alguna rendija ó defecto en que introducir su arma, de Villèle resistia por su inmovilidad; mas despues, volviendo á tomar la ofensiva, daba á cada objecion su respuesta, á cada hecho su carácter, á cada cifra su valor. A veces eludia un choque inesperado ó pesado en esceso, con una prontitud meridional. Lógico, queria mas bien convencer que conmover; moderado, discutir mas que combatir, detestando las resoluciones violentas, los expedientes desesperados, pues habia visto á la monarquía despojada de sus vistosas vestiduras, y, viendo la purulencia de sus llagas, temia darle la muerte por un remedio heróico.

Ventaja es, y no poca, para un ministro el no haber sido escritor, pues no se ve obligado á acudir á la tribuna para explicar, comentar y recoser las teorías de su libro, cuyos fragmentos le arrojan continuamente á la cabeza sus adversarios. Igualmente es ventajoso para un ministro el hallarse desprovisto de ese talento fino y sutil que no es el talento por excelencia. Por último, tambien es de mucha utilidad para un ministro el carecer de imaginacion con tal que tenga una réplica pronta y un juicio tan sano como firme. Así, con la rapidez de su réplica, de Villèle rechazaba las objeciones con usura; iba su palabra, veloz como una flecha, al blanco á que la dirigia; y con la resistencia de su juicio, impedia que sus adversarios penetrasen, por lado alguno vulnerable, en los músculos y carne de la argumentacion. Por otra parte, ¿de qué sirve á un ministro, en nuestras Asambleas frias y argumentadoras, el seducir al auditorio por sus imágenes, arrastrarlo por su elocuencia, ó divertirlo con el peligroso juego de los epígramas? Si descuella por la imaginacion, arriesgará alguna figura campanuda ó grotesca; si por la vehemencia, se abandonará á su ira y no tardará en repentirse de su arrebato; si mordaz, se enajenará muchos hombres que fácilmente hubiera atraido á su gremio, y en Francia sobre todo, cuyos habitantes quieren mas bien pasar por facciosos que por tontos.

M. Molé, á pesar de su afeccion de cortesano por el gobierno personal, se sostuvo en el poder, mas de lo que se cree, por la decencia de sus formas, la exquisita urbanidad de su lenguaje, y la maña que tuvo en no ajar la susceptibilidad de los miembros

de la izquierda. M. Guizot, al contrario, por haber envenenado sus flechas con hiel acre, irritó, ulceró los corazones de los viejos patriotas de la Oposicion, que sangran aun de las heridas que recibieron. M. Thiers, igualmente, por haber calificado los centros de un modo tan ofensivo como imprudente, halló en sus miembros irreconciliables enemigos. Pero de Villèle nunca mordió á sus adversarios ni en la mejilla, ni en parte alguna, de modo que quedasen señalados sus dientes; y solo los derribó por la fuerza de su lógica. Nunca llegará á comprenderse la altura de la vanidad de cada diputado por oscuro que sea, y cuan ufana su fantasía se engrie y se mece en las olas de su orgullo. Guardaos, ministros franceses, guardaos de humillar esos gallitos de aldea, cuyo amor propio se despierta y canta antes de amanecer.

Es un problema parlamentario, y ejemplo único en su género el de los trescientos Espartanos regimentados y mantenidos por tanto tiempo bajo la bandera del Agesilao ministerial. ¿Fue efecto de la fuerza del principio legitimista, ó del miedo causado por los liberales? ¿Acaso estribó su principal causa en los halagos de la corrupcion, ó hay tal vez que atribuirlo exclusivamente á la maña y destreza del pastor de ese rebaño? En mi concepto todas estas causas cooperan á explicar el enigma.

Pero ya los miembros componentes de la extrema derecha que dirigian sus baterías en el sentido de las ordenanzas de Julio, hallaban que de Villèle no caminaba ni tan ligero ni tan lejos como deseaban; mientras que por otro lado, la izquierda crecia visiblemente en audacia y número. Inundado de todas partes, creyó de Villèle oportuno, para volver á su cauce el torrente de la Oposicion, el disolver la Cámara. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? En otros paises, el haber subsistido mucho tiempo es un motivo para que un gobierno subsista; pero en Francia, es una causa de muerte, pues los Franceses lo que desean no es un gobierno mejor, sino un cambio de gobierno, y reyes, cámaras, ministros, ciudadanos, sistemas, todo vive en el imprevisto, y de lo imprevisto.

Los ultra-monárquicos de la Cámara y la prensa de la Oposicion obraron á la ligera y cometieron un grave error al cambiar el ministerio. Si de Villèle hubiese quedado arrimado al timon del Estado, no admite duda que hubiera bordeado con maña entre los escollos, y tal vez hubiera salvado la monarquía del naufragio.

La superioridad de de Villèle para toda clase de gobierno, era tan natural y tan universalmente reconocida, que le valió siempre y

por do quier el primer lugar. Aunque mero arrendador, manejó por la eleccion instintiva y espontánea de sus habitantes, la administracion de una colonia. Aunque casi desconocido, y, lo que es peor, moderado, fue llamado á la magistradura municipal de Tolosa. Aunque hidalgo de segundo órden, llegó á ser en la Cámara aristocrática de 1815, entre tantos nobles de ilustre prosapia, el gefe de la Oposicion monárquica. Por último, aunque tuvo por compañero de gabinete á Chateaubriand, llegó sin contradiccion á la presidencia del consejo de ministros.

Pero nunca desplegó tanto talento de Villèle como cuando sometió á la discusion su famoso proyecto sobre la conversion de rentas; y, en esta memorable campaña, que duró diez dias, hizo prodigios de valor parlamentario. Embestido por detras y delante por los miembros de la Oposicion, abandonado de los suyos cuya falange empezaba á romperse, mal servido por sus colegas, sostuvo él solo todo el esfuerzo del combate, haciendo frente á Casimiro Périer y á Humann, esos dos leones en materia de hacienda que incesantemente lo hostigaban con sus rugidos y mordeduras. Las fatigas del dia lo volvian al siguiente mas firme y dispuesto, é improvisaba, y replicaba al instante mismo con esa sangre fria imperturbable que no abate objecion alguna, con esa perspicacia que divisa á lo lejos las asechanzas y las evita; con esa dialéctica flexible que se recoge para defenderse y se desplega para atacar mejor; con esa facilidad de elocucion que presta á la virilidad del pensamiento solo lo necesario para vestirla y ocultarla.

En el combate de las enmiendas, redobló el choque, y cada uno de los adversarios de de Villèle lindó con él cuerpo á cuerpo, procurando echarlo por tierra; pero el activo ministro, soldado á la vez y capitan, parecia multiplicarse bajo sus golpes. Once veces subió á la tribuna en la misma sesion sin que flaqueas en sus fuerzas, ni tropezase su lógica; y, siempre victorioso por el poder siempre creciente de su argumentacion y la verdad de sus principios, quedó dueño y posesor del campo de batalla.

Y sin embargo, ¡triste es decirlo! despues de haber triunfado en la Cámara de los diputados, sucumbió en la de los pares, en esa causa excelente y no comprendida de la conversion de rentas, cuya adopcion hubiera hecho bajar la tasa del interés, abierto á la industria y comercio nuevas fuentes de prosperidad, sacado la agricultura de su esterilidad y degradacion, y mejorado la suerte de los trabajadores y propietarios; y la misma Cámara que se ne-

gaba á admitir esta noble medida, esta mejora bienhechora, habia aplaudido á de Villèle por haber empleado fraude en las elecciones, comprimido la prensa y maniatado la libertad.

Sea como fuere, podemos decir actualmente que, al poner el dedo en la cuestion de rentas, de Villèle se habia adelantado á todos los hombres de su época, mostrádose superior á Casimiro Périer, é igual á Laffitte.

Sabia muy bien este excelente ministro que la buena contabilidad en las rentas exige la unidad en el conjunto y la exactitud en los pormenores, y en consecuencia todo lo habia dispuesto en el órden mas admirable.

Dotado de maravilloso instinto para toda clase de negocios, trataba los grandes con la decision de un estadista, y los pequeños con la puntualidad de un empleado; bastándole una observacion ligera para comprenderlo todo, y mostrar que todo era un juego para él. No menos perspicaz que M. Thiers, pero menos ligero, no se abandonaba á digresiones brillantes, por el solo placer de hablar de todo y de hablar bien; sino permanecia en la cuestion, juzgaba el punto litigioso, pasaba á otro, y despachaba, sin fatiga y sin confusion, los negocios mas diversos, mas áridos y complicados.

De todos los gefes de gabinete que han devorado ambas nuestras Cartas, dos solo han sido ilustres y dejarán memoria en la historia, Casimiro Périer y de Villèle. Ambos antipáticos por sus opiniones, temperamento y facultades; ambos miembros, primeramente de la Oposicion, y despues ministros. Casimiro Périer imperioso y colérico, de Villèle reservado y atento; el primero empleando continuamente la forma viva y animada del apóstrofe, el otro siguiendo las vias lógicas del razonamiento sin desconcertarse ni repetirse; en este la viveza de genio degeneraba en grosería, en aquel la cortesía rayaba en astucia.

Pero entrambos llenos de mérito, si bien con calidades opuestas; entrambos duchos y expertos en el arte de mandar á los hombres y hacerse obedecer de ellos; entrambos guiando la mayoría, el uno por el temor, el otro por la seduccion; entrambos enfin, aunque adversarios, semejantes en un punto importante, y es que, á diferencia de los demás ministros, comprendieron la verdad del sistema representativo, y gobernaron su país, dejando reinar los respectivos soberanos á que servian.